



## Capítulo 208 - ¿Tú... hablaste con la espada?

¡Vamos, zorras! ¡Quiero saber ahora mismo quién demonios se está metiendo con MI Excalibur! —rugió Viviane, con los ojos encendidos con una mezcla de furia y autoridad.

Vergil, apoyado tranquilamente contra la pared con los brazos cruzados, no pudo evitar sonreír mientras observaba la escena. «¡Rayos! ¡Qué guapa está así!», pensó, admirando la imponente presencia de Viviane ante las dos mujeres atadas.

Viviane continuó mirándolos con una intensidad que podría atravesar una montaña. Zex e Iridia, aún aturdidos, parecían dudar entre responderle o desmayarse de nuevo.

—¡Eh, imbéciles! —gritó Vergil, rompiendo el tenso silencio. Ambas mujeres se volvieron hacia él, visiblemente aliviadas por un breve respiro de la ira de Viviane. Hizo un gesto hacia Viviane casi instructivo y comenzó a explicar:

"Es la Dama del Lago. Ya sabes, Espíritu del Agua, Fundadora de Ávalon, la herrera que forjó Excalibur. ¿Capiche?" Lo dijo en un tono demasiado simplista, como si le hablara a un niño de cinco años.

"¿Eh?" Zex inclinó la cabeza hacia un lado, completamente confundida.

¡¿VVV-Vivi-Viviane?! Iridia, por su parte, abrió los ojos de par en par, aterrorizada. El sudor le perlaba la frente mientras su cuerpo temblaba.



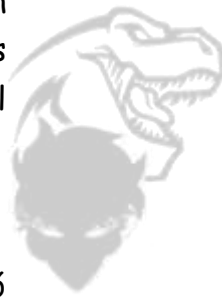


—¡Así es, perras! ¡Ahora suéltlenlo! ¿Quién les dio la autoridad para meterse con MI TRABAJO? —gritó Viviane, agitando el puño amenazadoramente.

¡No fuimos nosotros! ¡No fuimos nosotros! —exclamó Iridia con voz temblorosa—. ¡E-fue Su Santidad! ¡El Papa! Nos dio los fragmentos, y... ¡los pusieron en nuestras espadas! ¡Simplemente... se transformaron! —terminó, al borde de las lágrimas.

Viviane entrecerró los ojos y cruzó los brazos, mirándolos con desdén. "Claro. Como si fuera a creerme esa excusa patética". Suspiró profundamente antes de señalar a Zex. "Amo, córtale el brazo a la peli azul. A ver si miente mejor con una mano menos".

—Cariño, vamos a tomarlo con calma, ¿de acuerdo? —interrumpió Vergil, con una voz que rezumaba encanto mientras se acercaba a Viviane—. Podemos probar esto de una forma más... práctica. —Invocó a su Yamato demoníaco; el resplandor rojo de la espada iluminó la habitación.



Viviane lo fulminó con la mirada, pero la irritación que sentía se transformó rápidamente en otra cosa cuando él sonrió. "¡Maldita sea esa sonrisa encantadora!", gritó para sus adentros, sintiendo un ligero calor en las mejillas, aunque mantuvo la compostura.

—Muy bien, vámonos. Usa el fragmento que ya tienes —dijo Vergil, extendiendo la espada hacia ella.

Viviane resopló, pero no pudo resistir su sonrisa. "Tch. Bien." Con un movimiento ágil, invocó uno de los fragmentos de Excalibur y lo sostuvo junto a Yamato. Con una precisión casi ritual, los fusionó. La espada emitió un resplandor brillante, y la fusión creó un aura devastadora que provocó escalofríos en todos.



De repente, la habitación empezó a temblar, y un vórtice de energía se formó alrededor de la espada mientras Vergil observaba intrigado. Yamato flotó en el aire, deslizándose suavemente de las manos de Viviane mientras ella retrocedía, alarmada.

Al instante siguiente, comenzó la transformación. La energía que rodeaba la espada se intensificó, formando un torbellino de luz dorada y sombras profundas. La sala se vio envuelta en una sensación de poder absoluto.

—¡Mierda! —murmuró Vergil, con la mirada fija en el espectáculo. Se cruzó de brazos, admirando el espectáculo. Cuando el resplandor finalmente se apagó, su mirada se posó en su nueva espada.

Los grotescos ojos demoníacos que una vez la adornaron se purificaron, brillando ahora con una radiante luz dorada, casi divina. La carne viva que había envuelto la vaina se había transformado en oro reluciente, como esculpida por manos celestiales. La hoja, antes marcada con vetas carmesí, ahora relucía como platino puro, tan pulida que reflejaba la habitación como un espejo.



La funda también se había transformado, mostrando una elegante combinación de negro y dorado, adornada con intrincados anagramas demoníacos que parecían latir con energía viva.

Vergil dio un paso adelante y extendió la mano para empuñar la espada, que ahora parecía irradiar majestuosidad y poder puro. Blandió la hoja en el aire una vez, comprobando su perfecto equilibrio.

"Vale, me gusta esto", admitió con una sonrisa de satisfacción y un brillo de emoción en los ojos. "Esto va a ser divertido".



De repente, la espada brilló con fuerza, como si hubiera cobrado voluntad propia. Sin previo aviso, se lanzó hacia las dos mujeres atadas, cortando el aire a una velocidad increíble.

Zex e Iridia gritaron de pánico, pero antes de que pudieran siquiera intentar reaccionar, Vergil se movió. Con un solo movimiento fluido, extendió la mano y atrapó la espada a mitad del golpe. La sala quedó en silencio; el impacto resonó como un trueno apagado.

"Bueno, alguien está emocionado", comentó Vergil con una sonrisa divertida al sentir la espada vibrar en su mano, como si protestara. Inclinando ligeramente la cabeza, la observó como si se dirigiera a un niño testarudo.

"¿Olvidaste quién es tu amo?", preguntó con voz serena pero letal mientras su energía demoníaca brotaba en un repentino estallido. El aire a su alrededor se volvió pesado, y la espada, que se había resistido a su control, se congeló de inmediato. Fue como si se hubiera dado cuenta de que estaba lidiando con algo que superaba con creces su fuerza.



Vergil relajó su postura, girando la espada sin esfuerzo en su mano antes de apoyarla en su hombro. "Buena chica", dijo en tono burlón, con un brillo travieso en los ojos mientras observaba a las mujeres, aún atadas y conmovidas. "¿Dónde estábamos?"

"¿Hablaste con la espada?", preguntó Zex. Sus ojos abiertos y su mandíbula apretada delataban su incredulidad ante lo que acababa de presenciar.

Vergil la miró, arqueando una ceja con una expresión ligeramente burlona. "¿Eh? Claro que sí", respondió, haciendo girar la espada en el aire como si fuera un juguete antes de volver a dejarla sobre su hombro. "Es una espada espiritual, forjada directamente de mi alma. Es un ser vivo, con voluntad propia... y, a veces, con un poco de actitud".



"Eso es... una locura", murmuró Zex con un tono de incredulidad. Iridia, a su lado, negó con la cabeza, demasiado conmovida para articular palabra.

—No es locura —continuó Vergil, con un tono teatral al señalar la espada como si presentara una obra maestra—. Es pura genialidad. Y, francamente, deberías sentirte honrado de estar en presencia de algo tan magnífico. —Sonrió con satisfacción—. Me refiero a... la espada, claro. Yo no. Aunque, siendo sinceros, yo también soy bastante impresionante.

Zex parpadeó un par de veces, intentando determinar si hablaba en serio o solo jugaba con su confusión. "Eres absolutamente... insoportable", murmuró.

"Sí, ya lo he oído antes", respondió Vergil con indiferencia, girando la espada una vez más. "Ahora, volvamos al tema. Aún tenemos algunas preguntas para ti, y te sugiero que respondas rápido antes de que mi "enérgico" amigo decida jugar otra ronda". Golpeó ligeramente la espada, y esta emitió un suave brillo, casi como si respondiera a sus palabras.

